

PARTE CUARTA

Postrimerías del reinado

CAPÍTULO PRIMERO

ADVENIMIENTO DE ENRIQUE IV

1589-1590

ÚLTIMOS MESES DE ENRIQUE III.—EFERVESCENCIA DE LA LIGA.—CAMPAÑAS DE ARQUES Y DE IVRY.—

SITIO DE PARÍS EN 1590

I.—Últimos meses de Enrique III

Algunos días antes de morir Catalina de Médicis, ve entrar en su aposento á su hijo Enrique III, pálido extremadamente, anunciándole la muerte del duque de Guisa.—En cuestion de hechos consumados, le contesta friamente la madre, deben estar tomadas todas las precauciones (1).

Por desgracia, ninguna se había tomado; sólo en el mismo día se expidieron órdenes á los gobernadores de provincia para mantenerlos bajo la autoridad real (2); algunas horas despues pensó el rey en enviar á Ornano á Lyon con la orden de prender al duque de Mayena (3); pero ya le había tomado la delantera Rossieux, escudero del duque de Guisa, para prevenir á Mayena del golpe de Estado, y la misma reina Luisa, la propia mujer de Enrique III, avisaba al duque de Mercœur que se pusiera en defensa en su Bretaña (4).

Mayena quedó aterrado á la noticia del asesinato, y sabiendo que los habitantes de Lyon no seguirían su partido, se retiró hácia su gobierno de Borgoña algunas horas antes de la llegada del corso Ornano. Lanzando un grito desesperado, se dirigió á Felipe II: «Señor, le dijo, los católicos de este reino se echan á los pies de V. M.» (5). Pero Felipe II no estaba menos turbado.—He encontrado, escribe un

(1) Cheverny, *Memorias*, pág. 491.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 3425, fol. 5.

(3) Bernad, los Estados de 1593, Prólogo, pág. 36.

(4) *Historia del duque de Mercœur*, la Haya, 1692, pág. 57.

(5) Groze, tom. II, pág. 399. Mayena á Felipe II, del 12 enero, 1589.

viajero (6), toda España conmovida por la noticia de la muerte de su buen amigo el duque de Guisa, y este Rey la ha sentido de tal manera, que dicen no sintió tanto la pérdida de su armada.—Felipe ignora cómo se recibirá en Francia el hecho, teme la coalicion de todos los partidos contra él y quiere contemporizar con Enrique III.—Guardaos, escribe á Bernardino de Mendoza (7), guardaos de pedir explicaciones al rey Cristianísimo mi hermano; no es malo que hable él primero; no os alejeis de él.

Sin embargo, la organizacion democrática de la Liga sobrevivía á Enrique de Guisa: el jefe militar había desaparecido; pero podía reemplazarse por otro ménos generoso, ménos dominante, ménos desdenguado del favor popular. Mayena fué tardo en comprender los recursos que se le ofrecían para su desquite; se decidió con repugnancia á ponerlos en juego, y no se presentó en París hasta el 12 de febrero, más de seis semanas despues de la muerte de su hermano.

Puede creerse que el aspecto de París revolucionado le ofreció pocos atractivos, porque con una actividad que no le era habitual, se puso en campaña contra Enrique III antes que el ejército real estuviera en estado de protegerle. Enrique III se echó en brazos de su hermana Diana (8), duquesa de Montmorency, que supo reconciliarle súbitamente con Enrique

(6) Carta de un desconocido de Madrid, del 4 febrero 1589, conservada en Rec. of. y citada por Froude, tom. XII, pág. 529.

(7) Baguenault de Puchesse, la *Política de Felipe II*, pág. 41.

(8) Era hija de Enrique II y, segun decían, de la piemontesa Felipa Duc.

de Navarra. Los dos príncipes unieron sus fuerzas, hicieron retroceder á Mayena y se apoderaron de Etampes y Pontoise.

El embajador de Felipe II, Bernardino de Mendoza, había continuado, segun sus instrucciones, en Saint Dié, cerca de Blois, hasta que supo la llegada de Mayena á París (1); entonces se dió prisa en volver á la capital á fin de regularizar la resistencia, sin considerar que venía á ser jefe de rebeldes y se sometía así á los azares de la guerra: cuando su fiel correo Hanz Oberholtzer, antiguo reitre de sus campañas de Flandes, fué sorprendido por el conde de la Rochefoucauld con las cartas destinadas á Felipe II, escribió Mendoza reclamando á su criado y las cartas. «Donde no, decia, es querer romper guerra con el Rey mi señor» (2).—Señor Don Bernardino, replica Enrique III (3) os he de decir que no puedo yo tener sino como cosa de enemigo todo lo que viene del lugar á que os habeis retirado sin mi permiso, lo que os ha hecho perder el nombre y privilegio de embajador: esto no impedirá sin embargo que yo guarde paz y amistad con el rey Católico, mi buen hermano.

—El Rey de España, exclamaba Mendoza con despecho (4), no sabe mostrar brio en semejantes ocasiones; y yo de ninguna manera iré sin sacar á mi criado, aunque me cueste la camisa.

Felipe II, en efecto, no se veía de buen grado comprometido á sostener una guerra civil en Francia, sin provecho posible, y cuando debia reparar los desastres del año anterior y defender á Portugal contra la invasion inglesa. «Cierito que no me contentan estas cartas de Francia, escribia al márgen de un resumen de despachos (5): que no estar juntos los estados ni ayudarse con dinero es muy malo. Y así creo que han menester mucho dinero de acá.» Despues de tanto dinero mal gastado, va á ser preciso reunir más á toda costa y gastarlo por una causa perdida. El rey de Francia sitiaba á París con cuarenta mil hombres: esta union tan temida de treinta años atrás por la autoridad real y los soldados protestantes, aparecia realizada á los ojos de Felipe en los momentos en que sus

(1) Estaba aún en Saint Dié el 1.º de febrero, 1589.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1569, piezas 79 y 82.

(3) *Ibid.* pieza fechada en el campo de Beaugency y refrendada por Revol; junio de 1589.

(4) *Ibid.* pieza 91, del 21 junio, 1589. Estas murmuraciones eran muy raras entre los agentes de Felipe II y muy imprudentes, porque todas sus cartas pasaban por la vista del amo.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 29.

propias fuerzas parecían más debilitadas: comprendía que París iba á someterse á su rey, que toda Francia se iba á aliar con Inglaterra y Holanda, cuando de pronto recibe una carta de Mendoza (6). «Dios ha sido servido librarnos por un suceso solo de su mano. Un fraile ha salido de esta ciudad con resolucion de matar al rey, para la mayor gloria de Nuestro Señor. V. M. juzgará si este pueblo tiene que dar gracias á Nuestro Señor por el señalado beneficio que acaba de conceder á la religion.»

Pero Felipe II no tenia la misma tentacion de ver el dedo de Dios en el puñal de Jacobo Clemente: el rey de España no quería que estuviera el puñal en otras manos que las suyas, ni que los frailes se salieran de la disciplina, impedidos por el fanatismo. Por esto, cuando los empleados de su cancillería hablaron de este desenlace que libraba de tan grandes inquietudes y abría inmensos horizontes, dejando vacío el trono de Francia, tuvieron buen cuidado de añadir que, si bien se echaba de ver el Juicio maravilloso de Dios, mirara mucho el rey por el buen recabdo y seguridad de su real persona (7).

II.—Efervescencia de la Liga

Desde la muerte del duque de Guisa y la prision en Blois de los principales agitadores de París, se había apoderado del pueblo de las grandes ciudades una especie de frenesí. En París, el maestro de armas Leclercq «se sentía capaz de hacer de capitán» (8) y vino al frente de una turba de gente armada á prender á los miembros del parlamento que no parecían bastante puros y conducirlos á la Bastilla: algunos consejeros habían huido ya á Tours, y los demás, bajo la presidencia de Bernabé Brisson, firmaron servilmente los decretos que dictaba el pueblo (9). En Tolosa, el odio á las autoridades legales se manifestó con más violencia todavía: el primer presidente Duranti y el procurador general Daffis se vieron obligados á buscar refugio en el convento de dominicanos: el pueblo amenazó incendiar este asilo; Duranti se envolvió en su roja toga, abrazó á su mujer, Rosa de Caulet, y salió á la calle. Los católicos «lo mataron y se encarnizaron con él de tal manera que era imposible reconocerlo, creyén-

(6) Ms. Arch. nac. K. 1569, piezas 111 y 112. Véase también Baguenault, *Política de Felipe II*, p. 43.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1592, pieza 3.

(8) D'Aubigné, t. III, p. 215.

(9) Por ejemplo, el destronamiento del rey, el 26 de enero.

dose desgraciado el que no le había dado algun golpe» (1).

De todas las grandes ciudades, pero de Paris sobre todo, tendian los brazos á Felipe II, pues se recaía en las vergüenzas del siglo precedente: ya en 1419, cuando el delfín Carlos hizo matar en el puente de Montereau al duque de Borgoña, el populacho de Paris había llamado á los ingleses para vengar á su ídolo: ahora llama á los españoles... En todos tiempos la democracia parisiense olvidó la patria en el furor del momento.

Con todo, á pesar de las pomposas exequias que Paris hacia al duque de Guisa, á pesar de las imprecaciones, á pesar de la apoteosis, la Liga había sentido un alivio positivo al perder á su jefe. Guisa, el soldado arrogante y orgulloso, inquietaba al pueblo: lo que da popularidad no es el genio, sino las maneras brutales, las frases huecas, la voz ronca. Llegaba, pues, el reinado de los frailes ignorantes, de los tribunales vulgares, de los oradores callejeros. La Liga opone á Mayena, á sus obispos, á sus capitanes, su sábia organizacion, sus órdenes mendicantes y el dinero de Felipe II. Y cae, no en poder de Mayena, sino de la comuna de Paris.

Desde su llegada á la capital, había procurado Mayena ahogar la autoridad de los Diez y seis, transfiriéndola á un consejo compuesto de sesenta miembros, que conservara el título de los Diez y seis, pero que esperaba sustraer á la influencia popular (2); combinacion poco hábil, porque en toda asamblea que no tiene programa definido, ni atribuciones limitadas, el poder es de la fraccion más violenta. De los miembros designados por Mayena, los unos, como los cinco párrocos, rivalizaron en celo con los antiguos Diez y seis; los otros, como algunos prelados, no quisieron luchar con una democracia grosera y salieron de Paris. Los militares se reunieron

(1) El cadáver fué colgado con el del procurador general y un retrato del rey, el 10 de febrero, 1589. Véanse dos relaciones contemporáneas publicadas en Tolosa en 1861, con el título: *Historia verdadera de lo que pasó en Tolosa*.

(2) Los 44 nombres añadidos á los de los diez y seis hombres que se improvisaron delegados de los arrabales, como se vió en una nota anterior son segun las notas copiadas por Lezeau cuyos manuscritos están Bibl. Santa Genoveva, H f 2: el cardenal de Lenoncourt, los obispos de Meaux, (de Brezé), de Senlis, (Roze), de Agen (de Villars), de Rennes (Hennequin); los párrocos de San Severin (Juan Prebost), San Benito (Juan Boucher), San Andrés (Cristóbal Aubry), Santiago, (Pelletier), San Nicolás (Pigenat); los militares Launay, Meneville, Canillac, Saint Pol, Mourault, Saussoy, Bourdaisiere, Fay, Villeroy, padre é hijo; los hombres de Ley Nully, Jeandin, Vetus, Lemaistre, Ormesson, Videuille, Masparault, Coquelet, Midorge, Machault, Soly, Caston, Marillac, Accarie, Lebeauleire, Poucher, Charpentier, Bourdeaux, Sermoise, Dampierre, Amours; y los burgueses Auroux y Fontanon. Véanse en el párrafo IV los nombres de los 16 coroneles.

con su gente de guerra; los letrados comprendieron que ganarian á poca costa buenos empleos aprovechándose del desorden: tenian el ejemplo de Estéban de Nully, que en la jornada de San Bartolomé había hecho matar á Pedro de la Plaza para ocupar su puesto de presidente en el tribunal de subsidios; el de Le Tellier, que se hacia nombrar contador mayor; el de Marillac que anhelaba llegar á canciller. Y se dejaron llevar por la corriente democrática.

Fuera de esto, aunque los nuevos Diez y seis hubieran intentado repudiar las tradiciones de los primeros Diez y seis, no hubieran podido sino dar más autoridad á un extraño poder que se había improvisado al lado de ellos, la oficina de la casa de la ciudad: era una comuna de Paris en la comuna de Paris, más pequeña é inquieta y muy más solícita en prodigar sus bajezas á Felipe II (3). Esta comuna de los puros se componia del preboste de los comerciantes y de cuatro miembros de la oficina. Ella misma, á su vez, estaba dominada y vigilada por predicadores y libelistas.

Los sermones eran á la sazón un festejo para el pueblo. La Iglesia había creado las órdenes mendicantes para penetrar en medio de los pobres, de los ignorantes, de las víctimas; para mezclarse con los desgraciados, comprender sus vicios, hablar su lengua y sembrar entre ellos la esperanza. En los últimos grados de la gerarquía sacerdotal se agitaban multitud de frailes más pobres y tan poco instruidos como los obreros y los campesinos, frailes que vivían á tenor de una regla austera y en medio de crueles privaciones, que estaban prontos á los sacrificios más heroicos, como á las tentaciones más degradantes. Eran los verdaderos amigos, los únicos consoladores de las clases miserables; pero estaban siempre dispuestos á transformarse en tribunales: los primeros ministros protestantes fueron en Francia frailes mendicantes; y de las mismas órdenes salieron tambien los predicadores de la Liga. En ambos casos, eran impelidos, en su mayoría, por los instintos populares, por la envidia, por el horror de la injusticia; no pocos por huir de la regla; algunos por las seducciones de la guerra y del martirio. Ejercían irresistible poder cuando, de pié, sobre un guarda-canton,

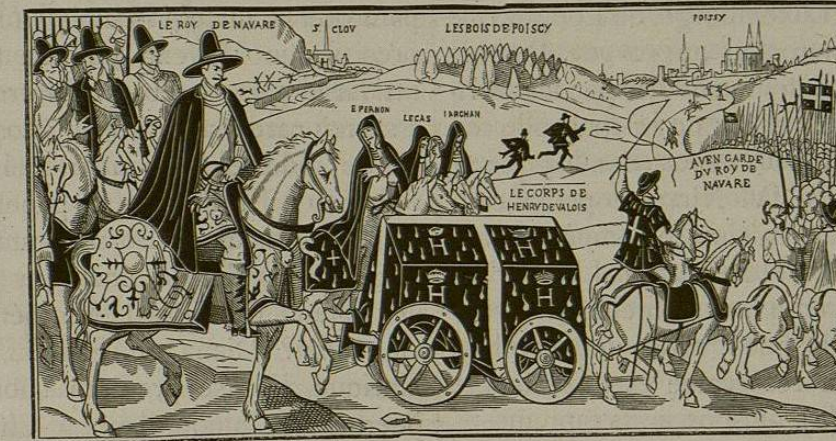
(3) En la carta dirigida á Felipe II, que está Ms. Arch. nac. K. 1573, pieza 68, el preboste es La Chapelle-Marteaux, el marido complaciente de la hija del presidente Nully; los asesores que firman son Rolland-Compans y Costeblanche; en la del 16 de setiembre de 1591 hay las firmas del preboste Boucher, señor de Orsay y de los regidores Bretuel, Touches, Hotman y Lemoigne, de la oficina de la casa de la Ciudad. K. 1579, pieza 96.

con los hábitos arremangados sobre la coraza, los brazos y las piernas al aire, la artesana en la mano y la mirada fulgurante, arengaban á los transeuntes con gestos y palabras groseras. «En el huerto de las Olivas, decia uno de ellos, Dios hizo oracion por nosotros; pero si el rey va á un huerto, sólo es para entregarse á la lascivia» (1).

Los párrocos de Paris no gustaban de estos imprevistos procedimientos de sus peligrosos

auxiliares. Desde luego tuvieron que sufrir la adición poco litúrgica de un *Oremus* contra el rey en las ceremonias de la misa (2); despues hicieron el elogio de Jacobo Clemente y luego se resignaron á conservar á sus feligreses, compitiendo en violencia y cinismo con los más audaces oradores callejeros. Los más ambiciosos no se contentaron con la palabra y redactaron folletos.

Entre los folletos escritos en favor de la Liga ó de España, los únicos que tienen algun valor



Conduccion del cadáver de Enrique III de Paris á Poissy (copia de un grabado de la época)

son los que se atribuyen á Roze, obispo de Senlis (3). Roze era de espíritu moderado, un hombre de letras; pero se veía arrastrado al partido de los violentos por sus relaciones con la hija del presidente de Nully: una mujer, en contiendas religiosas, no siempre da el mejor consejo, sobre todo si tiene faltas que expiar (4). La mayoría de los escritores combaten menos á los hugonotes que á los moderados: el transeunte á quien se gritaba ¡*Al político!* era arrojado al Sena tan infaliblemente como el ministro protestante: es una aberracion de todas las épocas. El torpe que pide transacciones, el reinado de las leyes, la paz, es el más aborrecido, es el más peligroso, porque quiere despojar de su máscara á los hipócritas, de su alimento á los fanáticos, á los jefes de sus vanidades. Así el *Aguijon de los franceses*, decia: «No hagamos caso de las traidoras palabras del político, el cual se cuela entre nosotros con falsos pre-

textos, diciendo que aún cuando hubiera un rey hereje, no dejaría él de vivir en su religion. ¿No sabeis que teniendo un solo diente dañado, no hay ya reposo ni gusto en todo el cuerpo? ¿Qué sería si la cabeza estuviera podrida, infecta y corrompida?»

Otra fuente infalible de éxito eran las absurdas narraciones que arrastraban la grosera credulidad del vulgo: así pues, los parisienses escuchaban con voluptuosa fruición «las hechicerías de Enrique de Valois y las oblacones que hacia al diablo en el bosque de Vincennes con la figura de los demonios de plata sobredorada.» y se indignaban de que se hubieran encontrado últimamente dos sátiros de plata sobredorada apoyándose en una fuerte maza. Los políticos decían que eran candelabros. «Estos monstruos diabólicos están ahora en esta ciudad.»

El populacho de las ciudades históricas tiene sus vicios que parecen idénticos en cada uno segun las diversas épocas: la canalla de Nápoles se distingue de la de Viena; el parisiense ha tenido siempre el mismo servilismo con jefes vergonzosos, la misma indiferencia para las ideas de ley y de deber, la misma sensiblería para los dolores imaginarios y las emociones ficticias, la credulidad misma para los cuentos necios.

La nobleza real del Campo de Saint Cloud,

(1) Palabras de Poncet, ya preso en el reinado de Carlos IX. Véase Barthelemy, *Diario de un cura liguero de Paris*, pág. 116.

(2) En la colecta «*Deus ultor impietatis et sponse filii spes unica, fac christiane religionis hostibus superatis, propugnatores nostros tui honoris vindices gloriosos et sperate victoriae ad nos remitte composites. Per Dominum Deum nostrum...*»

(3) Principalmente *De justa reipublica christiana in reges impios et hereticos auctoritate*, 1590.

(4) Estaba casada con La Chapelle-Marteaux, preboste de los comerciantes.

no carecía tampoco de violentos y fanáticos. Los hidalgüelos en los países, donde no están disciplinados por una poderosa aristocracia, se distinguen por su odio á los moderados, por sus deferencias con los advenedizos, por su oposicion á todas las reformas. Cuando Enrique IV fué proclamado rey por los cinco mil protestantes del ejército que sitiaba á Paris.—«Es el rey de los bravos,—dijo el católico Givry; es nuestro rey.» Y luégo al punto los mariscales de Aumont y de Biron, los duques de Montmorency, de Luxemburgo, de Longueville y de Rohan aclamaron al nuevo rey. Pero la pequeña nobleza se dejó conducir por los intriganes que recorrían el campo amenazando con el peligroso mote de *políticos* á todos los que se adhirieran á Enrique IV. Ninguno podía considerarse como un *puro*, sino se comprometía á retirarse á su casa (1). No era un mal humor sin objeto, á lo ménos en aquel momento: d'O vino á resumir las condiciones: todos los empleos y pensiones deben reservarse exclusivamente para los católicos (2).

En medio de esta defeccion, Enrique IV con sus protestantes, los suizos y los guardias franceses, espera aún tomar á Paris; cree que obstinándose en este sitio, atraerá á sí *el hierro de toda Francia*. «Tendré, decia, tendré conmigo á cuantos aman la patria y el honor. A los demás doy licencia y dejo en libertad para que vayan á buscar su salario al servicio de amos insolentes. ¿No sería una vergüenza haber venido á dar un beso á esta hermosa ciudad y no tentarle el pecho?» Pero las defecciones llegan á los más fieles: Biron quiere asegurarse la preponderancia en el Perigord, la Tremouille en el Poitou y parten. Enrique IV se ve reducido á no poseer sino el valle del Sena; conserva algunos suizos con sus gascones, reparte los demás entre el mariscal Aumont que ocupa la Champaña y el duque de Longueville, que tiene la Picardía.

III.—Campanas de Arques y de Ivry

Satisfechos de la muerte de Enrique III y de la disolucion del campo de Saint Cloud «querian los Diez y seis que se eligiera al rey de España y echarse enteramente en sus brazos, alegando la buena opinion que la comuna tenia de la probidad, piedad, fuerza y medios del dicho rey de España» (3). Pero Mayena logró que se proclamara por rey, con el nom-

(1) Angulema, *Memorias*, pág. 67; Nevers, tom. II, pág. 591.
(2) D'Aubigné, tom. III, págs. 186 y 217.
(3) Villeroy, *Apologia y discursos*, pág. 142.

bre de Carlos X, al viejo cardenal de Borbon; eleccion que no podia ménos de ser del agrado de Felipe II. Para un príncipe que teme la precipitacion es una fortuna poder ceñir la corona á la frente de un cardenal moribundo hasta que se maduren los planes y se pongan de acuerdo los adeptos. Como el cardenal Enrique dejó preparar la conquista de Portugal, el cardenal Carlos daría lugar á emprender la de Francia. Las circunstancias son idénticas; los resultados no pueden diferir. Sin embargo, para que la analogía fuera perfecta, habria sido preciso que Mayena hubiera tenido bastante actividad para arrebatarse á introducir en Paris á su rey cardenal, rodearlo á los ojos de Europa de todo el esplendor del trono y dejar reducido á Enrique IV al papel de pretendiente. El cardenal de Borbon estaba retenido en Chinon en poder de Chavigny desde el golpe de Estado de Blois. ¿A quién lo entregaria Chavigny? Diana de Francia, en nombre de Enrique IV, se presenta súbitamente á las puertas de Chinon, llama á Chavigny, le dice que tiene dos mil escudos en la mano y que entregará seis mil más cuando se le entregue el cardenal; ve que Chavigny vacila; sabe que el ligero La Chastre se aproxima á Chinon para libertar al anciano y ofrece catorce mil escudos.—«Dadme una suma á buena cuenta y daos prisa en traerme el resto, dijo Chavigny. Algunas horas despues, la caballería de Saumur, conducida por Duplessis-Mornay, y la de Niort, mandada por Parabère, llegaban á las puertas de Chinon. Diana entregó el dinero; y Chavigny al cardenal que se resistia. El anciano fué cargado en un caballo y conducido al galope al castillo de Loudun, donde estuvo encerrado hasta su muerte (4).

Al mismo tiempo que se veía privado del rey cardenal, Felipe II tenia, como en Portugal, que defender sus derechos contra las pretensiones de todos los pequeños príncipes de Europa. Su propio yerno, el duque de Saboya, hacia cuenta de ganar el Delfinado y la Provenza. «Antes se darian al diablo que á él» (2), contestó el parlamento de Grenoble.—«En cuanto á la Provenza, escribe Felipe II de su mano «cierto que yo he tenido por inconveniente, estas pláticas como habeis visto por el despacho pasado, que no ha de servir sino de más

(4) Mad. de Mornay, *Memorias* publicadas por Mad. de Witt, tom. I, pág. 181.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1570, pieza 11, sumario de cancellería.

confusion y desconfianza (1). Cuanto más que en el norte el duque de Lorena muestra semejante codicia y se jacta de sus supuestos servicios.—«Yo soy, dice (2) quien ha enviado á Mr. de Rosne á Paris con compañías italianas y albanesas (3) para comenzar la guerra; tengo buen derecho de conservar á Metz; pido el Toison de oro, pensiones...» (4). Felipe II no estaba en manera alguna por desmembrar su reino de Francia. Envió pues de Flandes á La Motte, gobernador de Gravelinas, para que ayudara á Mayena á desembarazarle de Enrique IV, y negoció empréstitos con sus banqueros.

Enrique IV tomó su partido con resolucion: en vez de dejarse cercar en medio de Francia, quiso tener una base que le permitiera recibir sus vituallas de la Rochela y de Lóndres, y diez dias despues de haber levantado el sitio de Paris, estaba ya en Dieppe donde formaba un campo atrincherado. Ocupaba el rio del Pollet apoyándose en el castillo de Arques, en Dieppe y en el Pollet. Este último punto debió haberse ocupado por el duque de Aumale, á lo ménos así lo creía Felipe II (5); pero Aumale se habia detenido en Eu, mientras Mayena, confiado en la enorme superioridad de sus fuerzas y seguro de apoderarse de Enrique IV ó de empujarlo á la mar, avanzaba lentamente, esperaba á los valones de La Motte y el dinero del agente financiero Moreo (6); con esto, no apareció delante de Dieppe sino tres semanas despues que Enrique IV (7), con diez y nueve mil peones y siete mil de á caballo, cuyas dos terceras partes eran extranjeros (8). El ejército de Enrique IV era la mitad inferior en número, pero estaba atrincherado en los hondos caminos de la Normandía y defendido por los pantanos de Arques y por pedregosas colinas, donde en viñedos cargados de pámpanos y racimos estaban emboscados los arcabuceros (9). Piezas de batir seguian á la caballería y con ella iba á los

(1) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 125.

(2) Lepage, *Cartas é instrucciones de Carlos III*, Nancy, 1864, págs. 29, 34 y 83.

(3) Ya se han visto en las partes precedentes de esta obra y se verán aún, á estos auxiliares albaneses: era una caballería reclutada en Morea y en Albania desde el siglo xv por los venecianos con el nombre de *esradiotas*; los diversos ejércitos recibieron poco á poco mercenarios, de estos que vestían el dorman y los calzones de los turcos, el bacinete de hierro, y por armas la lanza, la cimitarra y la maza. Véase Cherrier, *Historia de Carlos VIII*, tom. II, pág. 220.

(4) Lepage, pág. 196 y 258.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 143, Bernardino al rey.

(6) *Ibid.* K. 1570, pieza 11. Moreo trae los fondos á Ruan.

(7) Entre el 26 de agosto y el 15 de setiembre de 1589.

(8) *Ibid.* K. 1569, pieza 147, Bernardino al rey. Habia 7,000 suizos, 4,000 alemanes, 1,200 valones, italianos y albaneses.

(9) Sabido es que el cultivo de la vid era aún general en Normandía cien años despues. Boisguilbert, el *Detalle de Francia*, cap. XIII.

puntos amenazados (10). Por espacio de seis dias fatigó y desanimó Mayena á su ejército con inútiles asaltos contra Dieppe y el Pollet; despues, el 21 de setiembre, en medio de una densa niebla, dirigió todas sus fuerzas contra el castillo de Arques. Sus lansquenetes se encontraron de repente con los suizos de Enrique IV; bajaron entónces sus picas y gritaron que se rendian; luégo, en el momento de abrirles paso, comenzaron á matar suizos y á ocupar las trincheras. Al ver esto Enrique IV, cayó sobre ellos con sus infatigables jinetes. En esto los rayos de un sol de otoño disiparon la niebla, el cañon del castillo de Arques comenzó á tronar, Chatillon, el hijo de Coligny, llegó del Pollet con quinientos gascones, y Enrique IV, seguido de cerca por todos sus bravos, cargó al ejército de la Liga y lo arrolló.

Mayena no comprendió todavía que estaba batido, y el dia siguiente tentó un nuevo asalto contra Dieppe; encontrando siempre delante de sí á Enrique IV y sus jinetes y echando de ver, en fin, que en ocho dias de infaustos combates habia perdido la mitad de su ejército, por lo cual retrocedió lentamente hácia Paris.

A la narracion de estas heroicas jornadas se estremecieron todas las espadas de Francia; los hidalgüelos que refunfuñaban acudieron adonde se ganaba honra. Todos tenian por una gloria servir en el escudron de la bandera blanca, escudron prodigioso, como no se verá nunca, que era el alma del ejército. Rodeado de hombres como Givry, Parabere, Chanterac, Chantivaut, Lavardin «el rey ganoso de prodigar su vida como un simple soldado (11) respondia á la pasion de todos de tener un héroe á su frente.» Sabia Enrique IV que estaban tan orgullosos de él, que pudo decir en una entrevista que tuvo con los ligeros.—«No estrañéis que esté así apremiado por esta nobleza: todavía me apremia más en las batallas (12). Sus adversarios envidiaban la suerte de los que combatian á su lado: cuando Tremblecour, que habia llevado un regimiento lorenés á la Liga, cayó prisionero y, ya en libertad, fué á ver á Mayena:—«Creedme, le dijo; es príncipe capaz de conquistar el mundo entero.—¿Qué deben pensar los suyos? añadia con despecho Bernardino de Mendoza (13).

En Enrique IV «la grandeza y el arte per-

(10) Aubigné, tom. III, pág. 218.

(11) Saint Simon, el *Paralelo de los tres reyes*.

(12) Faye á Bellievre, 9 agosto 1590, edic. Halphen, p. 95.

(13) Ms. Arch. nac. K. 1571, pieza 25, del 14 febrero, 1590.